

El aspecto general, la expresión del rostro, esa mirada demasiado serena, ese rictus a la vez bondadoso e irónico de los labios... Al mirar una fotografía de la vitrina, el comisario Maigret tiene la sensación de haber conocido a William Brown, ese australiano antaño riquísimo que un buen día, harto de Australia y de sus ovejas, de su familia y del dinero, decidió perderse en la indolente presa que flota en el Liberty, un bar situado a la sombra de los lujosos hoteles de Cannes...

Capítulo uno

El muerto y sus dos mujeres

Aquello empezó por una sensación de vacaciones. Cuando Maigret bajó del tren, la mitad de la estación de Antibes estaba bañada de un sol tan luminoso que sólo se veía a la gente agitarse como sombras. Sombras llevando sombrero de paja, pantalón blanco, raqueta de tenis. El aire zumbaba. Había palmeras, cactus al borde del andén, y el mar azul más allá de la lampistería.

De repente alguien se le echó encima.

—¿El comisario Maigret? Le reconozco gracias a una foto que ha aparecido en los periódicos... Inspector Boutigues...

¡Boutigues! ¡Sólo el nombre tenía ya el aire de una farsa! Boutigues llevaba las maletas de Maigret, conduciéndole hacia el paso subterráneo. Vestía un traje gris perla, con un clavel rojo en la solapa, y zapatos de tela.

—¿Es la primera vez que viene a Antibes?

Maigret iba enjugándose el sudor, tratando de seguir a su cicerone, que se escurría entre los grupos y pasaba a todo el mundo. Al fin, se encontró ante un simón rematado con un toldo de tela crema, con pequeñas borlas que daban saltitos alrededor.

Todavía una sensación olvidada: los muelles que se aplastan, el golpe de látigo del cochero, el ruido sordo de los cascos sobre el asfalto reblandecido...

—Ahora vamos a beber algo... ¡Sí!... ¡Sí!... Al Café Glacier, cochero...

Estaba a dos pasos. El inspector explicaba: —Plaza Macé... En el centro de Antibes...

Una bonita plaza, con toldos crema o naranja en todas las casas. Hubo que sentarse en una terraza, beber un anís. Enfrente, un escaparate estaba lleno de vestidos sport, de trajes de baño, de batas. A la izquierda, una casa de aparatos fotográficos. Algunos hermosos automóviles a lo largo de las aceras.

¡Un aire veraniego, en fin!

—¿Prefiere ver primero a los detenidos o el lugar del crimen?

Y Maigret respondió sin saber demasiado lo que decía, como si le hubieran preguntado qué bebía: —El lugar del crimen...

* * *

Las vacaciones continuaban. Maigret fumaba un cigarro que el inspector le había ofrecido. El caballo trotaba al borde del mar. A la derecha, las villas estaban sepultadas en los pinos; a la izquierda, algunas rocas; después el agua azul salpicada de dos o tres velas blancas.

—¿Se hace cargo de la topografía? Detrás nuestro está Antibes... A partir de aquí comienza el Cabo de Antibes, donde no hay más que villas, sobre todo costosas villas...

Maigret aprobaba, plácido. Todo ese sol que le entraba en la cabeza le amodorraba y guiñaba el ojo hacia la flor púrpura de Boutigues.

—Usted ha dicho Boutigues, ¿no es eso?

—Sí, yo soy nicés... O más bien niceano...

Dicho de otra manera nicés de pura cepa, nicés al cuadrado, al cubo.

—¡Asómese! ¡Vea la villa blanca! Es ésa...

Maigret no lo hacía aposta, pero miraba todo aquello sin creerlo. No llegaba a meterse en un ambiente de trabajo, a decirse que estaba allí a causa de un crimen.

Lo cierto es que había recibido instrucciones bastante especiales: —Un hombre llamado Brown ha sido asesinado en Cabo de Antibes. Los periódicos hablan demasiado de ello. ¡Más vale que no se hagan tantas historias!

—Comprendido.

¡Brown ha prestado durante la guerra servicios al 2.º Bureau!

—Requetecomprendido.

¡Y ya está! El simón se detuvo. Boutigues sacó una llavecita del bolsillo y abrió la verja, caminando por la grava del camino.

—Es una de las villas menos bonitas del Cabo...

Sin embargo, no estaba mal. Las mimosas saturaban el aire de un olor dulzón. Quedaban todavía algunas naranjas doradas en los pequeños árboles, y había flores estrafalaria, que Maigret ni conocía.

—Enfrente está la propiedad de un maharajá... que debe de estar allí en este momento... A quinientos metros, a la derecha, hay un académico... Además, está la famosa bailarina, con un lord inglés...

¡Bien! ¡Muy bien! Maigret tenía ganas de sentarse en el banco que se apoyaba contra la casa y dormitar una hora. Lo cierto es que había viajado toda la noche.

—Voy a darle, a voleo, algunas explicaciones indispensables.

Boutigues había abierto la puerta y penetraban en la frescura de un recibidor cuyas ventanas se abrían sobre el mar.

—Hace una docena de años que Brown vivía aquí...

—¿Trabajaba?

—No hacía nada... Debía tener rentas... Siempre se dice: Brown y sus dos mujeres...

—¿Dos?

—En realidad, sólo una era su amante: la hija... Una tal Gina Martini...

—¿Está en la cárcel?

—La madre también... Vivían los tres, sin criada...

No era de extrañar viendo la casa, de una limpieza dudosa. ¿Era posible que hubiese habido allí cosas bonitas, muebles de valor, objetos que habían tenido su momento de esplendor?

Todo estaba sucio, en desorden. Demasiadas alfombras, telas que colgaban o que habían sido arrojadas sobre los sillones, demasiadas cosas llenas de polvo...

—De momento, he aquí los hechos: Brown tenía un garaje, justo al lado de la casa... Allí guardaba un coche pasado de moda que conducía él mismo... Le servía sobre todo para ir de compras a Antibes...

—Sí —suspiró Maigret que miraba a un pescador de erizos registrando, con su caña hendida, el fondo del agua clara.

—Pero, durante tres días, ha sido visto el coche sobre la carretera día y noche... Aquí, la gente se ocupa poco de los demás... No se es molestado... Fue el lunes por la noche cuando...

—¡Perdone! ¿Estamos a jueves?... ¡Bueno!

—El lunes por la noche, el carnicero volvía con su camioneta y vio el coche que arrancaba... Ya leerá su declaración... Él lo veía desde atrás... Al principio creyó que Brown estaba borracho, porque daba terribles bandazos... Después, el auto rodó algunos metros en línea recta... Tan en línea recta que en la curva se estampó contra las rocas... Antes de que el carnicero interviniera, descendieron dos mujeres y, al oír el ruido de un motor, echaron a correr hacia la ciudad...

—¿Llevaban paquetes?

—Tres maletas... Era al atardecer... El carnicero no sabía qué hacer... Vino aquí, plaza Macé, donde, como usted puede ver, hay un agente de guardia... Éste se lanzó a la

búsqueda de las dos mujeres, que terminó por encontrar mientras ellas se dirigían, no hacia la estación de Antibes, sino a la de Golfe-Juan, a tres kilómetros...

—¿Siempre con las maletas?

—Tiraron una por el camino. Fue encontrada ayer en un bosque de tamarindos... Se sobresaltaron... Explicaron que ellas iban a ver a una parienta enferma en Lyon... El agente tuvo la idea de hacer abrir las maletas y encontró un montón de títulos al portador, algunos billetes de cien libras y objetos diversos... La multitud se había arremolinado... Era la hora del aperitivo... Todo el mundo estaba en la calle y escoltó a las dos mujeres hasta la comisaría y después a la prisión.

—¿Ha sido registrada la casa?

—Al día siguiente, a primera hora. Al principio, no encontramos nada. Las dos mujeres pretendían no saber qué podía haber sido de Brown. Por fin, hacia mediodía, un jardinero se fijó en la tierra removida. Bajo una capa de menos de cinco centímetros, descubrimos el cadáver de Brown, completamente vestido...

—¿Y las dos mujeres?

—Han cambiado de música. Ahora pretenden que, tres días antes, habían visto detenerse el coche y que se habían extrañado, porque Brown no lo metía en el garaje... Él atravesó el jardín titubeante... Gina le insultó por la ventana, creyéndole borracho... Cayó sobre la escalinata...

—¡Muerto, por supuesto!

—¡Todo lo muerto que se puede estar! Ha recibido una cuchillada por la espalda, justo entre los omóplatos...

—¿Y ellas vivieron tres días con él en la casa?

—¡Sí! No dan ninguna razón de peso. Pretenden que Brown sentía horror por la policía y todo lo que se le pareciera...

—¡Ellas lo enterraron y se marcharon con el dinero y los objetos de valor!... Comprendo... el coche sobre la carretera durante tres días... Gina, que no sabe conducir muy

bien, sintió miedo ante la maniobra para meter el coche en el garaje... Pero, dígame, ¿había sangre en el coche?

—¡Ni rastro! Juran que son ellas quienes la han borrado...

—¿Y eso es todo?

—¡Eso es todo! ¡Están furiosas! Exigen que se las suelte...

El caballo del simón relinchaba, fuera. Maigret no se atrevía a tirar el cigarro, que no se sentía con fuerzas para terminar.

—¿Un whisky? —propuso Boutigues viendo una licorera.

¡No, verdaderamente, todo aquello no daba la sensación de un drama! Maigret hacía vanos esfuerzos por tomarse las cosas en serio. ¿Era a causa del sol, de las mimosas de las naranjas, del pescador que seguía buscando erizos en el agua clara?

—¿Puede usted dejarme las llaves de la casa?

—¡Por supuesto! Dado que es usted quien toma la investigación en sus manos...

Maigret vació el vaso de whisky que le ofrecían, miró el disco que se encontraba en el tocadiscos, tocó maquinalmente los botones de un aparato de radio y se oyó: —... vados a término... noviembre...

En ese momento, justo detrás del aparato, vio un retrato que tomó para examinarlo más de cerca.

—¿Es él?

—¡Sí! No le vi nunca vivo, pero le reconozco...

Maigret apagó la radio con cierto nerviosismo. Algo había cambiado en él. ¿Interés? ¡Más que eso!

Una sensación confusa, bastante desagradable por otra parte. Hasta entonces, Brown no había sido más que Brown, un desconocido, un extranjero probablemente, que había muerto en circunstancias más o menos misteriosas. Nadie se había preguntado que podía pensar durante su vida, cuál había sido su mentalidad, ni lo que podía haber sufrido...

Y he aquí que, mirando el retrato, Maigret estaba turbado, porque tenía la sensación de conocer al personaje... No exactamente conocerlo por haberlo visto...

¡No! Los rasgos le eran indiferentes... Una cara ancha de hombre saludable, algo sanguíneo, con extraños cabellos rojos, bigotito recortado a ras del labio y grandes ojos claros...

Pero tenía algo, en el aspecto general, en la expresión, que recordaba al mismo Maigret. Cierta forma de echar los hombros hacia delante... Esa mirada exageradamente tranquila... Ese pliegue al mismo tiempo bonachón e irónico en los labios...

Ya no era Brown —el— cadáver... Era un tipo que el comisario sentía deseos de conocer y que le intrigaba.

—¿Un poco más de whisky? No está malo...

¡Boutigues bromeaba! Quedó todo extrañado al ver un Maigret que ya no contestaba a sus pequeñas atenciones y que lo miraba todo con aire ausente.

—¿Y si le ofrecemos un vaso al cochero?

—No. Nos vamos...

—¿Pero no va a echar un vistazo a la casa?

—En otra ocasión...

¡Qué ganas de estar solo! Y de no tener más ese sol zumbando en el cráneo. Volviendo a la ciudad, no habló, ni respondió más que con la cabeza a Boutigues, el cual se preguntaba qué podía haber hecho para molestar a su compañero.

—Vamos a llegar a la parte vieja de la ciudad... la prisión está junto al mercado... Pero sobre todo es por la mañana cuando debe...

—¿A qué hotel? —preguntó el cochero volviéndose.

—¿Quiere usted quedarse en pleno centro? —preguntó Boutigues.

—Déjeme por aquí. Con eso me basta...

Había un hotel tipo pensión familiar, a mitad de camino entre el Cabo y la ciudad.

—¿Vendrá esta tarde a la prisión?

—Mañana, probablemente...

—¿Quiere que venga a recogerle? Aparte de que si después de comer desea ir al Casino de Juan-les-Pins...

—No, muchas gracias... Tengo sueño...

No tenía sueño. Pero no estaba en vena. Tenía calor. En su habitación, que daba al mar, dejó correr el agua en la bañera, cambió de opinión y salió, con la pipa entre los dientes y las manos en los bolsillos.

Había entrevisto las pequeñas mesitas blancas, las servilletas en abanico dentro de los vasos, las botellas de vino y de agua mineral, la sirvienta que barría...

—Brown ha sido asesinado de una cuchillada en la espalda y sus dos mujeres intentaron desaparecer con el dinero...

Todo era aún demasiado turbio. Y a pesar suyo contemplaba el sol, que por la parte de Niza, cuyo Paseo de los Ingleses estaba trazado como una línea blanca, se hundía lentamente en el mar.

Después miró las montañas, con los picachos todavía cubiertos de nieve.

—Así, pues, Niza está a la izquierda, a veinticinco kilómetros; Cannes a la derecha, a doce kilómetros... La montaña detrás y el mar delante...

Construía un mundo donde la villa de Brown y sus mujeres era el centro. Un mundo pegajoso de sol, de olor a mimosas y flores dulzonas, de moscas borrachas, de automóviles deslizándose por el asfalto reblandecido.

No se sintió con fuerzas para andar hasta el centro de Antibes, que estaba apenas a un kilómetro. Volvió a su hotel, el Hotel Bacon, y pidió hablar por teléfono con el director de la prisión.

—El director está de vacaciones.

—¿Y el subdirector?

—No hay. Estoy solo.

—Está bien, envíeme inmediatamente las dos mujeres a la villa.

También el guardián, al otro lado del cable, debía estar bajo la influencia del sol. Incluso era posible que hubiese bebido anís. Se olvidó de exigir garantías judiciales.

—De acuerdo. ¿Me las devolverá?

Maigret bostezó, se desperezó y llenó una nueva pipa. Pero esa pipa no tenía el mismo gusto de siempre.

—Brown ha sido asesinado y dos mujeres...

Caminó plácidamente hacia la villa. Vio el lugar donde el coche se estrelló contra las rocas. Era como para reírse. Porque era el tipo de accidente que debe llegarle fatalmente a todo conductor novato. Algunos zigzags antes de ponerse en línea recta...

Y una vez en línea recta, la imposibilidad de torcer...

El carnicero que llega por detrás, en la semioscuridad... Las dos mujeres que se ponen a correr con sus maletas demasiado pesadas y abandonan una por el camino...

Una limusina le sobrepasó, conducida por un chófer. En el fondo un rostro asiático: sin duda, el maharajá... El mar estaba rojo y azul, tirando a naranja... Los faroles daban todavía una luz pálida...

Entonces Maigret, que estaba completamente solo en este enorme decorado, se acercó a la verja de la villa como un propietario que vuelve a casa, abrió la puerta dejándola luego entreabierta y subió la escalinata. La puerta emitió un gemido que debió serle muy familiar a Brown.

En el umbral, Maigret trató de analizar el olor... Porque cada casa tiene su olor... Aquél era sobre todo a base de un perfume muy penetrante, almizcle, sin duda... Y además un regustillo a cigarro frío...

Encendió la luz y fue a sentarse en el salón, cerca del aparato de radio y del tocadiscos, en el lugar donde debía sentarse Brown, ya que era el sillón más usado.

—Ha sido asesinado y las dos mujeres...

La luz era mala, pero cayó en la cuenta de que el candelabro estaba recubierto de una inmensa pantalla de seda rosa.

—Durante la guerra prestó servicios al 2.º Bureau...

Aquello se sabía. Por eso los periódicos locales que él había leído en el tren resaltaban el asunto. Para el público, el espionaje es una cosa misteriosa y llena de prestigio...

Podían verse titulares idiotas, tales como: «Un caso internacional».

«¿Un segundo caso Kotioupoff?». «Un drama del espionaje». Algunos periodistas reconocían la mano de la Checa, otros, los métodos del Servicio de Inteligencia.

Maigret miraba en torno suyo con la sensación de que faltaba algo, hasta que lo encontró. Lo que daba sensación de frialdad era el hueco de la ventana, detrás del cual se estancaba la noche. Como había una persiana, la cerró.

—Vamos a ver; una mujer en este sillón, sin duda con una labor de costura...

La labor estaba allí: un bordado, encima de una mesita.

—La otra en el rincón...

Y en el rincón había un libro: «Las pasiones de Rodolfo Valentino»...

—Ya no falta más que Gina y su madre...

Era preciso un esfuerzo de concentración para oír el golpeo del agua contra las rocas. Maigret se quedó mirando otra vez la fotografía, que llevaba la firma de un fotógrafo de Niza.

—¡Nada de historias!

Dicho de otra manera, descubrir lo antes posible la verdad del asunto para cortar de golpe los chismorreos de los periodistas y de la gente. Oyó pasos en la grava del camino. Una campanilla de sonido muy suave, agradable, tocó en el recibidor.

Y Maigret, al abrir, vio tras las siluetas de las mujeres, un hombre con kepis.

—Puede usted marcharse. Yo me encargo de ellas... Entren, señoras...

Tenía el aspecto de estar invitándolas. Todavía no distinguía sus facciones. Pero en cambio respiraba de lleno el olor a almizcle.

—Supongo que al fin se han dado cuenta... —empezó una voz ligeramente rota.

—¡Pardiez! Entren... Pónganse cómodas...

Ellas entraron bajo la luz. La madre tenía la cara toda ajada, sepultada bajo una espesa capa de colorete. De pie, en medio del salón, miraba a su alrededor como para convencerse de que nada faltaba.

La otra, más confiada, observaba a Maigret, arreglaba el pliegue de su vestido, insinuaba una sonrisa que ella pretendía seductora.

—¿Es cierto que ha sido hecho venir de París expresamente?...

—Quítense los abrigos, por favor... Instálense como siempre...

Ellas no entendían muy bien. Se encontraban en su propia casa como extrañas. Temían una trampa.

—Vamos a charlar los tres...

—¿Es que sabe usted algo?

Era Gina quien había hablado, pero la madre, con tono duro, le avisó: —¡Cuidado, Gina!

A decir verdad, Maigret sentía otra vez que no podía tomarse su papel en serio. La vieja, a pesar de su maquillaje, era horrible de ver.

En cuanto a la hija, de formas llenas quizá demasiado abundantes, moldeadas por la seda oscura, encarnaba el perfecto tipo de la falsa mujer fatal.

¡Y su olor! Ese almizcle de refuerzo que llegaba a saturar de nuevo el aire de la estancia...

Aquello recordaba un cubil de portero en un pequeño teatro.

Nada de dramatismo. Nada misterioso. La mamá que bordaba vigilando a su niña. Y la niña que leía las aventuras de Valentino.

Maigret, que había recuperado el sillón de Brown, las miraba sin expresión, preguntándose un tanto asombrado: —«¿Qué diablos ha podido hacer ese animal de Brown, durante diez años con estas dos mujeres?».

¡Diez años! Largos días de sol inmutable, olores de mimosa, con el balanceo bajo las ventanas de la inmensidad azul, y diez años de atardeceres quietos, interminables, apenas molestados por el ruido de una ola contra las rocas, y las dos mujeres, la madre en su poltrona, la hija cerca de la lámpara recubierta de seda rosa...

Maigret manoseaba distraídamente la fotografía de ese Brown que tenía la cara dura de parecersele.

Capítulo dos

Hábleme de Brown

—¿Qué hacía él por las tardes?

Y Maigret, las piernas cruzadas, miraba con aburrimiento a la vieja, que trataba de jugar a las mujeres distinguidas.

—Salíamos muy poco... Normalmente mi hija leía mientras que...

—¡Hábleme de Brown!

Entonces, con un escalofrío, dijo: —¡No hacía nada!

—Escuchaba la radio —suspiró Gina, que adoptaba poses lánguidas—. Me gusta tanto la verdadera música como me horroriza la...

—¡Hábleme de Brown! ¿Tenía buena salud?

—Si me hubiese hecho caso —dijo la madre—, nunca se hubiese resentido del hígado, ni de los riñones... Un hombre, a los cuarenta...

Maigret tenía el mismo aspecto que ese señor al cual un chistoso imbécil le cuenta chistes viejos partiéndose de risa a cada momento. Eran tan ridícula una como la otra, la vieja con sus aires de exquisita, y la otra con sus poses de odalisca exuberante.

—Ustedes declararon que lo vieron llegar en coche, por la tarde, que atravesó el jardín y cayó sobre la escalinata...

—Como si estuviera borracho perdido, sí. Por la ventana le grité que no entraría en casa hasta que se le hubiese pa-